

## Queridísimo lector...

Me temo que debo empezar este libro con una confesión. Y una advertencia.

La confesión es que, a diferencia de muchos escritores que dan a luz historia tras historia originadas en sus maravillosas mentes, yo sólo a veces tengo esos momentos inspirados y por lo mismo debo vivir buscando fuentes de inspiración. Aun cuando no estoy buscando algo activamente, siempre estoy en estado de “atención”, porque nunca sé si algo de ese todo que me rodea me pueda resultar útil en cualquier momento y que luego aparezca en un poema, una novela y, ahora que he descubierto este género fabuloso, en un cuento.

Para mí, escribir finalmente es eso, juntar todo aquello que me mueve y conmueve, proveniente del “adentro” y del “afuera”, para ponerlo en papel: un sentimiento o una sensación, un gesto o un capítulo de la historia del mundo, una anécdota, una conversación entera o una palabra, una película o alguno de sus personajes, el título de una obra de arte o un color junto a otro, un poema, un artículo de ropa, una nota en el periódico, etcétera.

Así, antes de iniciar un nuevo proceso creativo, usualmente paso un tiempo largo “llenándome de nuevo”. Leo mucho, voy al cine, escucho el radio, voy al teatro, a exposiciones, veo danza y voy a conciertos. Muchas veces entrevisto gente y a veces he llegado a sentarme sola en restaurantes a escuchar conversaciones ajenas para luego poder escribir diálogos medianamente creíbles. Soy una “ladrona profesional”.

Sin embargo, para mí, la fuente más natural y más constante de inspiración ha sido la música, salvo que rara vez le he dado crédito, dedicado un libro o puesto una canción o una banda de rock en los agradecimientos.

La música y la letra de algunas canciones se han quedado en mí como si fueran lunares muy visibles en mi piel. Conforme pasan los años veo que tengo más y más marcas en mi cuerpo. Tengo una banda sonora que acompaña a mi historia personal, y está tan definida que después de unos cuantos acordes podría decirte con precisión un lugar y una situación y quién estaba conmigo cuando esa canción era importante para mí o cuando sonaba constantemente en la radio. El recuerdo surge casi de inmediato y no sólo es una imagen aislada, sino que aparece más bien como una película (casera).

Tengo muy mala memoria para casi todo salvo para las letras de las canciones. Con mi hermano Javier sostenía conversaciones enteras usando las letras de las canciones de los Smiths.

Decidí por ende, al empezar a elucubrar sobre cuál sería mi siguiente proyecto creativo, que me gustaría hacer un experimento con la música, como una clara y franca

fuente de inspiración para un texto o una serie de textos. Rápidamente descubrí que el género tenía que ser el cuento.

He aquí el resultado de ese experimento, que fue sin duda de lo más divertido y rico: veintidós cuentos con todo y las canciones que los inspiraron a través de su título, su melodía, una frase o la atmósfera que crean en mi mente.

Te invito también a que hagas este experimento con canciones nuevas o con alguna de tus favoritas. Te vas a divertir mucho.

La advertencia es que siento casi imprescindible que aunque conozcas bien la canción la escuches antes de leer el cuento que le corresponde. Por alguna razón aquí si es importante el orden de los factores. Lo he intentado al revés y simplemente no funciona. Tal vez sea porque lo hice en ese orden y sólo así tiene sentido el “juego” entre música y palabra.

Sólo me queda agregar, querido lector, que espero de corazón que disfrutes de las historias que aparecen en este libro, que te hagan soñar y que te motiven a soñar con tus propias historias.

¡Que viva el género del cuento y que viva por siempre el rock!

Con mucho cariño, Flor



## INSTRUCCIONES

1. Abre el libro en uno de los cuentos.
2. En Facebook entra a la página de **Ponle play (el libro)**
3. Busca la canción que aparece después del título del cuento que elegiste y del símbolo de



4. Escucha la canción.
5. Cuando termine la canción, enseguida lee el cuento.



## MISS MUNDO

PONLE : WE WERE CHILDREN / TRIBES

*Artículo aparecido en la revista NME en el año 2014 en conmemoración de los 20 años de la trágica muerte de Kurt Cobain.*

El año era 1994, Kurt Cobain acababa de morir meses atrás y Courtney Love, su viuda, hacía una gira mundial para promocionar el nuevo álbum de la banda que ella lideraba. Esto fue antes de que surgieran todas aquellas teorías de conspiración que ataban a Love a la muerte de su esposo, al señalarla como la autora intelectual de un asesinato brillantemente planeado. Así, todavía en luto, una generación entera acudía gustosa a los conciertos de Hole, en gran parte en homenaje a él, como si aquellos fueran un sustituto del velorio al que pocos pudieron asistir.

Cuando se anunció el concierto en la ciudad donde vivía mi familia en ese entonces, mis hermanas y yo fuimos de las primeras en comprar boletos. Yo era la más pequeña de todas, y como tenía doce años, mis padres dudaban si era buena idea que las acompañara, pero mis hermanas abogaron por mí. Decían que no era sólo un concierto, sino un evento histórico y parte de mi educación musical y sentimental. Mis papás dieron el permiso a regañadientes. Yo estaba feliz. Amaba a Nirvana tanto como mis hermanas,

sus canciones eran mis himnos, aunque no estoy segura de haber entendido bien a bien su significado.

El día del concierto nos ataviamos con nuestros mejores atuendos grunge. Por primera vez en mi vida usé maquillaje, mis hermanas cortaron mis jeans como shorts y yo boleé mis Doc Martens para que brillaran. Me dijeron “guapa” y yo creí que no iba a poder respirar de tanta emoción.

En el concierto nos encontramos con todos los amigos de mis hermanas. Yo no hablaba.

Te ves de dieciséis, decían mis hermanas, pero no hables o te delatarás de inmediato.

Mark, un amigo de mi hermana Lucy, de la prepa, se me acercó y me preguntó si era la prima. Me puse muy nerviosa y dije que sí. Me dio miedo su mirada, intrigada y maliciosa, pero también me gustó. El concierto empezó y Courtney hacía el papel de la viuda punk a la perfección. Se tiraba al piso y emitía alaridos de dolor. Seguramente lloró varias veces mientras cantaba, aunque eso no lo recuerdo.

Yo no conocía muchas canciones de Hole y, así, esperaba que tocaran el éxito que siempre ponían en la radio: “Miss World”. Ahora esa canción es utilizada, por los que siguen insistiendo en la culpabilidad de Love, como una prueba contundente. Las letras, ellos abogan, son un grito de culpa. En ese entonces todas las chicas grunge la cantábamos más bien como un grito de duelo.

Recuerdo todavía el momento en que empezaron a sonar los primeros acordes y el público enloqueció. Love salió con un nuevo atuendo de reina de belleza con vestido rosa, lazo y corona de papel dorado. Muy teatral.



*I am the girl you know, can't look you in the eye  
I am the girl you know, so sick I cannot try  
And I am the one you want, can't look you in the eye  
I am the girl, you know I lie, I lie and lie*

Era como experimentar algo espiritualmente elevado. Toda la gente cantando al unísono, levantando sus encendedores al aire, moviéndose como una ola mientras que a los que surfeaban el público los dejaban caer al piso por escoger un mal momento para pedir que los levantaran. Casi al final de la canción, mientras todos brincaban extasiados, Love tomó en sus manos una muñeca de plástico, con el pelo tan amarillo como el suyo, y la aventó hacia el público. Yo alcé los brazos y vi azorada cómo fue rebotando de cabeza en cabeza hasta llegar a mi pecho. La abracé con tal fuerza que aún recuerdo que me dolió el esternón. Love y su banda se despidieron, y se encendieron todas las luces. Así terminó el concierto.

Mark se acercó y me dijo al oído algo que no entendí bien pero creo que iba en el sentido de que en un par de años nos veríamos de nuevo.

Tras luchar contra todo aquel que insinuara querer ver con demasiada cercanía (o tocar) mi muñeca, incluidas mis hermanas, por fin llegamos al coche y tomamos el camino a casa. Ahí me relajé y coloqué la muñeca a mi lado. Muy sucia, pelos amarillos enmarañados, desnuda, el plástico rosa reluciente en todos los espacios donde la mugre dejaba asomar algo de “piel”. La amaba. Era la mejor muñeca que jamás había tenido, la más cool, mi muñeca grunge.

Planeaba cómo al día siguiente la metería en una caja de zapatos, cortaría parte del cartón para colocar allí un plástico transparente y así poder mirarla y mostrarla sin arriesgarme a que algo le sucediera. Quería que mantuviera por siempre su esencia, por siempre horrible, sucia, así de triste y anárquica.

El camino a casa era largo. Nosotros vivíamos en un suburbio, y entre la salida del estacionamiento, el tráfico y el camino a las afueras de la ciudad yo me quedé dormida.

Cuando llegamos a casa subí somnolienta a mi cuarto.

Al despertar, horas después, volvió súbitamente toda la emoción de mi primer concierto, Love, el ruido, la sensación de unión entre la gente, la manera en que me miró Mark, el hecho milagroso de que la muñeca hubiera llegado a mí, el sentirme ya adolescente, el percibirme como parte de algo más grande, algo que no fuera sólo mi escuela o mi familia. Pensé en todos los que no habían vivido ese concierto con nosotras y en cómo a ellos siempre los sentiría distintos de alguna manera, porque sería imposible describirles lo que había sentido y visto y que todo eso me había cambiado por dentro. Juré que dedicaría mi vida al rock, que nunca me “afresaría” y que nunca, pero nunca, pertenecería al mainstream.

Recordé la muñeca. ¿Se había quedado en el coche?

Brinqué por las escaleras hacia el garage y al llegar a la cocina solté un grito de terror. En la mesa estaba mi muñeca toda peinadita, en un vestido rosa hecho por mi madre con el mantel de mi fiesta de diez años. Rosita fresita. Y limpia, limpiísima.

Mi madre volteó a mirarme, sonriente, orgullosa.

“La encontré en el coche y me imaginé que la habías rescatado de la calle”, me dijo con los ojos brillando, “tan linda que eres tú”.